

á los novios la crisis de Valeria, para evitarles impresiones peligrosas. La fiesta se animaba, las luces resplandecían, las risas resonaban. Una polka cuya cadencia acentuaban los violines, puso en movimiento á las parejas en torno del salón.

—¿El doctor Juillerat? dónde está el doctor Juillerat, preguntó Mad. Jossierand, reapareciendo de pronto.

El doctor había sido invitado; pero nadie le había visto. Entonces no ocultó la sorda cólera que experimentaba desde por la mañana, y habló delante de Octavio y de Campardon, sin miramientos de ningún género.

—¡Ya empiezo á cargarme! dijo. No es nada agradable para mi hija todo este jaleo, que se prolonga demasiado.

Buscó á Hortensia y la vió hablando con un caballero, en quien á pesar de estar de espaldas, reconoció á Verdier. Esto aumentó su mal humor. Llamó secamente á su hija, y la dijo en voz baja, que le valía más permanecer á las órdenes de su madre en un día como aquel. Hortensia no aceptó la reprimenda. Estaba muy contenta, Verdier, acababa de fijar su unión para el próximo Junio.

—¡Por supuesto... dijo su madre... á mi no me vengas con esas!

—Te lo aseguro, mamá, ahora ya no duermo con la otra más que tres veces por semana, para ir acostumbrándola á la separación, y dentro de quince días la dejará por completo. Entonces todo acabará, y será mío.

—Te digo que me dejes en paz... ¡Ya estoy hasta los pelos de esa novela! Lo que vas á hacer es ponerte á la puerta, y en cuanto veas llegar al doctor Juillerat me lo envías... Sobre todo que no se entere tu hermana.

Acto continuo se volvió á la habitación contigua, dejando á Hortensia murmurar, que á Dios gracias no necesitaba el permiso de nadie, y que muchas personas se sorprenderían al verla el día menos pensado casarse mejor que las demás, lo cual no fué un obstáculo para que se dirigiese á la puerta á esperar al doctor.

La orquesta tocaba un wals. Berta bailaba con un primo de su marido, á fin de cumplir con todos los individuos de la familia. Mad. Duveyrier no había podido rechazar á Bachelard, y éste la molestaba en extremo, soplándola en el rostro con su aliento. El calor aumentaba, el *buffet* estaba ya lleno de caballeros, que se limpiaban con el pañuelo la frente inundada de sudor.

En un rincón saltaban algunas niñas, mientras que las mamás, sentadas, soñaban en las bodas, siempre malogradas, de sus hijas. Los padres, M. Vabre y M. Josserand, que no se separaban, aunque sin despegar los labios, recibían á cada instante calorosas felicitaciones. Todo el mundo parecía divertirse, y celebraban ante ellos la alegría que reinaba en la fiesta, una alegría de buen género, según la frase de Campardon.

Pero el arquitecto, siempre galante, se inquietaba por el estado de Valeria, aunque no perdía un solo baile, y envió á su hija Ángela á que se informase de su parte. La pequeña, cuyos catorce años ardían, desde por la mañana, en deseos de saber qué era lo que ocurría á la señora que tantó daba que hablar, experimentó una viva alegría al poder penetrar en la habitación reservada. Notando que no volvía, el arquitecto se permitió entreabrir la puerta y asomar la cabeza. Entonces vió á su hija de pié delante del canapé, contemplando absorta á Valeria cuya garganta estirada, presa de continuos espasmos, aparecía, á favor del cuerpo del vestido, que estaba desabrochado. Su presencia produjo vivas protestas, gritándole que no entrase y se retiró, asegurando que su único deseo era saber cómo seguía la enferma.

—No adelanta gran cosa, dijo melancólicamente á las personas que se hallaban cerca de la puerta. ¡Nada menos que cuatro la sujetan y no pueden con ella! Ya necesita ser fuerte una mujer para hacer esos esfuerzos sin dislocarse.

Cerca de la habitación se había formado un grupo, y en él se comentaban en voz baja, todas las fases de la crisis. Algunas señoras, enteradas de lo que ocurría, entre un rigodón y una polka llegaban muy cariacontecidas, penetraban en el cuarto, salían contando á los caballeros lo que habían visto, y volvían á bailar. Era aquel un grupo misterioso, donde todos se hablaban al oído, donde se cambiaban miradas confidenciales en medio del rumor del salón, que aumentaba por momentos.

El doctor Juillerat pasó rápidamente con Hortensia, que le daba explicaciones. Mad. Duvyrier los segnía. Algunas personas se alarmaron y hubo cuchicheos. Apenas entró el doctor en el cuarto, salieron Mad. Josserand y Mad. Dambreville. Su indignación crecía: había vertido dos botellas de agua sobre la cabeza de Valeria y nada, jamás había visto una mujer tan nerviosa. Convencida de que nada podía conseguir, se decidió á dar una vuelta por el salón del baile, á fin de conte-

ner con su presencia las indiscreciones que pudieran cometerse. Pero andaba con paso majestuoso y terrible á la vez, distribuyendo sonrisas tan amargas, que todos, cuando pasaba, se miraban de reojo.

Mad. Dambreville no se separaba de ella. Desde por la mañana la hablaba de León, quejándose de su conducta y excitándola á emplear la influencia que tenía sobre su hijo, para que se reconciliase. A este efecto la hizo ver que llevaba del brazo á una joven, con la que se mostraba demasiado galante.

—Nos abandona, dijo sonriéndose amargamente. Riñale V., porque ni aun siquiera se digna mirarnos.

—León, gritó Mad. Josserand.

Y cuando se acercó le dijo brutalmente, no permitiéndola su mal humor andarse con miramientos:

—¿Por qué estás enfadado con esta señora? Ella no tiene nada contra ti. Expliquense ustedes. El tener mal carácter no sirve de nada.

Y los dejó en presencia uno de otro, cortados, sin saber qué decirse, hasta que cogiéndose Mad. Dambreville del brazo de León, se fueron al hueco de un balcón y allí estuvieron hablando un rato: después

se fueron juntos, muy amartelados. Ella había jurado que le casaría en el próximo otoño.

Mad. Josserand, que continuaba repartiendo sonrisas, experimentó una grande emoción al hallarse en presencia de Berta, fatigada de tanto bailar y encendida como una rosa, en medio de su blanco y ya arrugado traje. La estrechó en sus brazos, y cediendo á una vaga asociación de ideas, recordando sin duda á Valeria, exclamó, dándole dos besos:

—¡Pobre, querida mía! ¡Pobre, querida mía!

Berta preguntó entonces con la mayor tranquilidad:

—¿Cómo sigue?

Al oírla cambió de aspecto Mad. Josserand. ¿Cómo...? ¡Berta sabía lo que pasaba! Sabiéndolo ella nadie debía ignorarlo. Sólo su marido, á quien vió acompañar á una señora de edad al *buffet*, era quien todavía no se había enterado. Pensando en esto hasta tuvo intención de encargar á alguien que le informase. Porque parecía estúpido que siempre fuese el último en saber lo que pasaba.

—Y yo que me estoy devanando los sesos para ocultar la catástrofe, se dijo Mad. Jos-

serand. Sí; pues lo que es en adelante no seré yo quien se moleste. Es preciso que esto acabe. No puedo tolerar que nos pongan en ridículo.

En efecto, todos los convidados sabían lo que había ocurrido; pero no hablaban apenas de ello para no aguar la fiesta. La orquesta cubrió con sus armonías las primeras lamentaciones, y después las parejas que bailaban, y las personas que se hallaban al paso no hacían más que mirarse y sonreírse. Se entendían y bastaba. Los criados servían los refrescos. En un canapé dos niñas, vencidas por el cansancio, se habían quedado dormidas muy abrazaditas. Cerca de la orquesta, M. Vabre se decidió por fin á hablar á M. Jossierand de su gran obra, á propósito de una duda que desde hacía quince días le tenía detenido en la enumeración de los cuadros de dos pintores del mismo nombre, mientras que Duveyrier, en medio de un grupo censuraba vivamente al Emperador, por haber autorizado la representación en el teatro Francés de una comedia que atacaba á las bases fundamentales de la sociedad. Pero cuando un wals ó una polka resonaba, los caballeros tenían que ceder el sitio á las parejas, y las colas de los trajes femeninos al rozar con el pavi-

mento, levantaban un polvo impregnado del olor del almizcle que llevaban las damas.

—Sigue mejor, dijo Campardon, que había vuelto á entreabrir la puerta del gabinete reservado.

Ya se puede entrar.

Algunos amigos se arriesgaron. Valeria seguía acostada, pero la crisis iba calmándose: por decencia habían tapado su pecho con una toalla que habían hallado encima de una consola. Delante de la ventana Mad. Juzeur y Mad. Duveyrier, escuchaban al doctor Juillerat, que explicaba cómo á veces cedían los ataques de aquel género con sólo aplicar compresas de agua caliente en torno del cuello de la enferma. Pero Valeria vió entrar á Octavio con Campardon, le hizo una seña para que se acercase, y le dirigió unas cuantas palabras incoherentes en las postrimerias de su alucinación. Se sentó á su lado por orden del médico mismo deseoso ante todo de no contrariarla, y gracias á éste recibió en la misma noche sus confidencias y las de su marido. La pobre señora temblaba de miedo, le tomaba por su amante y le suplicaba que la ocultase. Después le reconoció y se deshizo en lágrimas, dándole gracias por el papel que había representado aquella misma mañana en la Iglesia deseoso

de favorecerla. Octavio pensaba en el ataque de nervios anterior del que quiso aprovecharse, y sentía renacer en él apetitos de estudiante; pero entonces era su amigo, no le ocultaría nada, y su posición respecto de ella era infinitamente mejor.

En aquel momento, Teófilo que rondaba cerca de la puerta quiso entrar, toda vez que había dentro otros hombres, pero esto produjo un verdadero pánico. Valeria al oír su voz, experimentó un nuevo temblor y se temió que fuera víctima de un nuevo ataque. Él, suplicante, y luchando con las señoras que le rechazaban, repetía con obstinación:

—Sólo quiero que me diga el nombre... ¡nada más que el nombre!

Entonces, Mad. Jossierand que volvía de su paseo triunfal estalló, y llevándose á Teófilo al gabinete para evitar el escándalo, le dijo furiosamente:

—Vamos á ver... ¿va V. á acabar de dejarnos en paz? Desde está mañana nos está usted aburriendo con sus tonterías. Carece usted de tacto, caballero, sí señor, de tacto... lo repito. No se insiste tanto sobre esas cosas y mucho menos en un día de boda.

—Permita V. señora, yo me ocupo en lo que me interesa y á V. no se le importa...

—¿Cómo que no me importa? ¿Acaso no formo ya parte de la familia de V.? ¿Cree usted que lo que le ha pasado no me perjudica sobre todo por mi hija? Puede V. vanagloriarse de haberla proporcionado un día delicioso. Calle V... lo repito, carece V. de tacto.

Teófilo no supo qué contestar, y miró en torno suyo como buscando protección. Pero las señoras indiferentes le daban á entender que le juzgaban con la misma severidad. Todas estaban de acuerdo, carecía de tacto porque había circunstancias en la vida en las que era de todo punto indispensable saber reformar las pasiones. Su misma hermana le censuraba, y al ver que todavía protestaba el infeliz hubo una sublevación general. No y mil veces no; nada tenía que decir, ninguna persona regular se conducía de aquel modo.

Este grito cerró su boca. Estaba tan anonadado y parecía tan pobre hombre, que á pesar de su cara seria no pudieron menos de sonreírse las señoras. Cuando no tenía uno todas las condiciones para labrar la felicidad de una mujer, no debía uno casarse. Hortensia le miraba con desdén, y Angelita de quien no hacían caso, le observaba con cierta malicia, como si buscase en él algo

que no encontraba. Al fin se declaró en retirada poniéndose muy colorado, y no era para menos al verse rodeado de tantas mujeres en su mayor parte de mujeronas. Pero todas comprendían la necesidad de arreglar el asunto. Valeria sollozaba mientras que el doctor ponía nuevas compresas en sus sienes. Entonces todas las damas se comprendieron; un instinto común de defensa las puso de acuerdo. Cada cual buscaba un medio de explicar al marido la carta.

—Al diablo no se le ocurre otra cosa mejor, murmuró Troublot acercándose á Octavio; pues no dicen por ahí que la carta es de la criada.

A pesar de que habló en voz baja le oyó Mad. Josserand, y mirándole llena de admiración, se acercó á Teófilo:

—¿Cree V., le dijo, que una mujer debe humillarse á dar explicaciones cuando se la acusa tan brutalmente como V. lo ha hecho? Pero si ella no, yo puedo hablar y hablaré... Esa carta ha sido perdida por Francisca, la criada que su mujer de V. se ha visto obligada á despedir por su mala conducta... Vamos á ver, ¿está V. contento ahora? ¿no le da V. vergüenza haber armado un escándalo por semejante cosa?

El marido se resistió á creer aquella ver-

sión; pero todas las señoras poniéndose muy serias, contestaron satisfactoriamente á sus objeciones. Se hallaba quebrantado, cuando para acabar su derrota, Mad. Duveyrier se enfadó diciéndole que su conducta era abominable y que renegaba de él. Entonces, vencido y necesitando consuelo, se arrojó á los brazos de Valeria implorando perdón. La escena fué solemne. Hasta Mad. Josserand se mostró conmovida.

—Más vale tarde que nunca, exclamó ya satisfecha. Gracias á esto la fiesta no acabará mal.

Cuando se arregló Valeria y se presentó en el baile del brazo de Teófilo, la alegría general fué más franca y mayor. Eran ya las tres de la mañana, y los convidados empezaban á retirarse pero la orquesta continuaba tocando rigodón tras rigodón. Los caballeros sonreían después de pasar á su lado el matrimonio reconciliado. Una frase maliciosa sobre el pobre Teófilo llenó de contento á Mad. Juzeur. Las jóvenes se agolpaban para ver á Valeria, y ponían una cara de bobas ante las escandalizadas miradas de sus mamás.

A pesar de todo, Berta que al fin y al cabo bailaba con su marido debió decirle algo al oído, porque Augusto, enterado de la histo-

ria volvió la cabeza, y sin perder el compás miró á su hermano Teófilo con el asombro y la superioridad de un hombre á quien no podían suceder cosas semejantes.

La galop final se bailó en medio de un calor sofocante y al resplandor de las bujias cuyas llamas vacilaban.

—¿Está V. bien con ella? preguntó madame Hedouin á Octavio al aceptar la invitación que la hizo para bailar la galop.

El joven creyó sentir un ligero estremecimiento en la cintura de aquella mujer siempre tan serena y tan fría.

—Nada tengo que ver en ese asunto, contestó, por más que me han mezclado en él... antes por el contrario, me ha disgustado la aventura, pero el pobre diablo se ha tragado la pildora.

—Eso es indigno, declaró ella poniéndose muy grave.

Octavio se había engañado. Cuando se separó de Mad. Hedouin, continuaba tranquila y serena como antes de que rodeara su cintura para bailar la galop.

Un escándalo turbaba el final de la fiesta. El tío Bachelard que había acabado de embriagarse, tuvo una idea diabólica y la ejecutó poniéndose de pronto á bailar del modo más cancanesco con su sobrino Guenlin.

Para representar bien el papel femenino que se había adjudicado, se colocó en el pecho bajo el abrochado frac dos naranjas cubiertas con una servilleta, lo que le daba todo el aspecto de un ama de cría. Al verle de aquel modo, todos protestaron. Por mucho dinero que gane uno, la expansión tiene sus límites y estos límites no puede traspasarlos ninguna persona decente. M. Josserand avergonzado, obligó á su cuñado á salir del salón. M. Duveyrier mostró el mayor disgusto.

Los desposados llegaron á la casa de la calle de Choiseul á las cuatro de la mañana, llevando en su coche á Valeria y Teófilo. Al subir al piso segundo donde les habían preparado su habitación, encontraron á Octavio que también se retiraba. El joven quiso dejarles pasar, Berta hizo un movimiento en el mismo sentido y los dos se tropezaron.

—¡Dispense V. señorita! dijo él.

La palabra *señorita* á una recién casada, las hizo reír. Ella le miró y él recordó la primera mirada que le dirigió en la misma escalera, una mirada alegre y atrevida que se le quedó muy impresa. Quizás se comprendieron porque ella se ruborizó un poco, mientras que Octavio se dirigió á su cuarto en medio del más solemne silencio.

Augusto con el ojo izquierdo enteramente cerrado y sufriendo atrozmente las consecuencias de la jaqueca que tenía desde por la mañana, entró en su habitación adonde fueron llegando los individuos de la familia. Entonces Valeria, al separarse de Berta, cediendo á una brusca emoción, la estrechó en sus brazos acabando de arrugar su blanco traje, la besó y la dijo al oído:

—¡Ah! querida mía... la deseo á V. más suerte que la que yo he tenido.

IX.

Dos días después á cosa de las siete de la tarde, al llegar Octavio á casa de los Campardon para comer, encontró á Rosa sola con una bata de seda crema adornada de encajes blancos.

—¿Espera V. convidados? preguntó.

—No por cierto, respondió algo turbada: en cuanto llegue Aquiles nos pondremos á comer.

El arquitecto no llegaba nunca á la hora de comer, y al presentarse estaba siempre muy sofocado y se quejaba de los picaros negocios que no le dejaban respirar. Después, se marchaba todas las noches, agotando todo género de pretextos, hablando de citas en tal ó cual café, inventado reuniones en parajes situados á larga distancia. Con este motivo Octavio solía acompañar á Rosa,